

Republicanism, librepensamiento y revolución: la ideología de Francisco Ferrer y Guardia¹

Juan Avilés

UNED

Francisco Ferrer y Guardia es una de las figuras más intrigantes y polémicas en la historia española de principios del siglo xx. Su fusilamiento, tras un proceso en el que fue condenado sin pruebas como jefe de la rebelión barcelonesa de julio de 1909, le convirtió en un mártir de las izquierdas y desencadenó una intensa campaña de protestas en diversos países, que demostró por primera vez el peso que podía tener la opinión pública internacional y provocó la caída del gobierno de Antonio Maura. Esto condujo a su vez a un significativo deterioro del sistema de turnos entre los partidos en el que se había basado hasta entonces la estabilidad política española, al concluir Maura que la conducta del partido liberal, aliado a las izquierdas en la última etapa de esa campaña, lo descalificaba para seguir turnándose en el poder con el partido conservador. De esa manera, Ferrer adquirió una considerable estatura simbólica, convirtiéndose, para unos, en una víctima sacrificada por la intolerancia clerical y, para otros, en un exponente de la conspiración revolucionaria en que participaban desde los anarquistas hasta los liberales y cuyos hilos movía en secreto la masonería.

Este doble mito Ferrer se mantuvo durante años, hasta que el personaje fue cayendo en el olvido. Con la transición democrática

¹ La investigación en que se basa este ensayo ha sido financiada por el proyecto PB98-012 de la DGSIT: «Fuentes francesas para el estudio de la oposición antimonárquica española durante el reinado de Alfonso XIII».

su figura despertó de nuevo cierto interés como promotor de una enseñanza renovadora², pero parece que su fama en este campo procede más de su trágica muerte que de la originalidad de sus ideas pedagógicas. Algunos estudios han venido a recordar, por otra parte, su probable implicación en los atentados contra Alfonso XIII de 1905 en París y 1906 en Madrid³. Por lo demás, Ferrer sigue siendo un desconocido de difícil catalogación, a quien no se sabe si incluir en la historia del republicanismo o en la del anarquismo. Como tantos otros personajes relevantes de la historia española, no ha sido todavía objeto del estudio biográfico que merece⁴.

Este ensayo, primera entrega de un estudio más amplio que prepara su autor, plantea un análisis de la evolución ideológica de Ferrer desde sus primeros años en París, cuando era seguidor del dirigente republicano exiliado e impenitente conspirador Manuel Ruiz Zorrilla, hasta aquellos en que dirigió en Barcelona la Escuela Moderna. Ello supone explorar sus conexiones con todo un conjunto de tendencias ideológicas presentes en ambas ciudades en aquellos años de la *belle époque*. Ferrer fue, simultánea o sucesivamente, republicano, masón, librepensador, socialista y libertario, pero si quisiéramos aplicarle una sola etiqueta, la más adecuada sería simplemente la de revolucionario. Un militante libertario que lo conoció bien, Albano Rosell, lo resumió todo al afirmar que Ferrer fue un partidario de la revolución por la revolución más que un hombre de ideas definidas⁵. Las fuentes disponibles, francesas y españolas, confirman este diagnóstico, como a continuación veremos.

² SOLA, P.: *Francesc Ferrer i Guardia i l'Escola Moderna*, Barcelona, Curial, 1978; DELGADO, B.: *La Escuela Moderna de Ferrer i Guardia*, Barcelona, CEAC, 1979; CAPPELLETTI, A. J.: *Francisco Ferrer y la pedagogía libertaria*, Madrid, La Piqueta, 1980 y CAMBRA BASSOLS, J. de: *Anarquismo y positivismo: el caso Ferrer*, Madrid, CIS, 1981.

³ ROMERO MAURA, J.: «Terrorism in Barcelona and its impact in Spanish Politics», *Past and Present*, núm. 41, 1968 (traducción española en el libro del mismo autor *La romana del diablo: ensayos sobre la violencia política en España*, Madrid, Marcial Pons, 2000, pp. 14-79), YGONZÁLEZ CALLEJA, E.: *La razón de la fuerza: orden público, subversión y violencia política en la España de la Restauración (1875-1917)*, Madrid, CSIC, 1998, pp. 355-381.

⁴ El más reciente lo escribió una hija suya hace cuarenta años: FERRER, S.: *La vie et l'oeuvre de Francisco Ferrer*, París, Fischbacher, 1962 (traducción española: *Vida y obra de Francisco Ferrer*, Barcelona, Caralt, 1980).

⁵ ROSELL, A.: *Vidas trágicas: Mateo Morral, Francisco Ferrer*, 1940, p. 107 (texto inédito en la Biblioteca Arús de Barcelona).

En la estela de Ruiz Zorrilla

Ferrer residió en París desde 1885 hasta 1891 ⁶. Él mismo contó, en 1906, que había marchado a París en parte por haberse comprometido en el levantamiento militar republicano de Santa Coloma de Farnés (abril de 1884) Y «más aún por discordias conyugales» ⁷. Ese énfasis en una motivación personal no hace pensar que realmente huyera a Francia por hallarse en peligro de ser perseguido en España, pero tampoco cabe suponer que a la altura de 1906, cuando se hallaba procesado por su presunta implicación en un atentado contra Alfonso XIII, quisiera inventarse un pasado revolucionario. Hemos de suponer que efectivamente participó en las conspiraciones republicanas que desde París promovía Ruiz Zorrilla y que culminaron con la insurrección del general Villacampa en septiembre de 1886 ⁸. Pero antes de que se produjera ésta, exactamente desde mayo del año anterior, residía Ferrer en París, donde había montado un pequeño establecimiento de bebidas, con ayuda de Ruiz Zorrilla, a quien, según declaró ante el juez, había prestado anteriormente servicios «como correligionario» ⁹. Cuáles habían sido tales servicios lo indican varias fuentes: había actuado como enlace entre Ruiz Zorrilla y los republicanos del interior, aprovechando su empleo como revisor de billetes en una compañía de ferrocarriles ¹⁰.

⁶ Informe de la Embajada española de 18 de agosto de 1906, en *Regicidio frustrado, 31 mayo 1906: causa contra Mateo Morral, Francisco Ferrer, José Nakens, Pedro Mayoral, Aquilino Martínez, Isidro Ibarra, Bernardo Mata y Concepción Pérez Cuesta*, vol. III, Madrid, Sucesores de]. A. Garda, 1911, pp. 503-505.

⁷ Artículo en *España Nueva*, 16 de junio de 1906, reproducido en *Regicidio frustrado, op. cit.*, vol. II, 1911, p. 181.

⁸ Sobre estas conspiraciones, CALLEJA: *op. cit.*, 1998, pp. 75-153, Y CANAL, J.: «Manuel Zorrilla (1883-1895): de hombre de Estado a conspirador compulsivo», en BURDIEL, I., y PÉREZ LEDESMA, M.: *Liberales, agitadores y compiradores: biografías heterodoxas del siglo XIX*, Madrid, Espasa-Calpe, 2000, pp. 287-294.

⁹ Declaración de 28 de junio de 1906, en *Regicidio frustrado, op. cit.*, vol. II, 1911, p. 175. Posteriormente Ferrer se ganaría la vida en París con el oficio, más intelectual, de profesor de español.

¹⁰ Tales fuentes son un informe policial francés (París, 15 de octubre de 1909), en *Archives Nationales*, F7 13065, Y las memorias de un español que le conoció en París: LÓPEZ LAPUYA, I.: *La bohemia española en París a finales del siglo pasado: desfile anecdótico de políticos, escritores, artistas, prospectores de negocios, buscavidas y desventurados*, París, Franco-Ibera-Americana, s. d., p. 27. Ferrer trabajó como

Podemos concluir, por tanto, que tras haber actuado durante algún tiempo como enlace en la conspiración republicana, Ferrer quedó «quemado» tras el alzamiento de Santa Coloma de Farnés, localidad cercana a la de Granollers, donde por entonces residía. Así es que su primera militancia revolucionaria la realizó en el marco tradicional del progresismo español, del que era heredero Ruiz Zorrilla, quien había sido jefe de gobierno con el rey Amadeo antes de decantarse por el republicanismo. Exiliado tras la restauración borbónica, Ruiz Zorrilla se consagró al objetivo de promover un alzamiento republicano que le pusiera fin y rechazó hasta el final de sus días la posibilidad de una acción política en el marco de la legalidad monárquica, que aceptaron otros dirigentes republicanos. Uno de ellos comentó que Ruiz Zorrilla quería «la revolución a todo trance y por cualquier medio»¹¹, algo que cabría también decir de Ferrer. Pero conviene subrayar que la de Ruiz Zorrilla era la revolución liberal progresista del siglo XIX, no la revolución colectivista del xx, y que su instrumento revolucionario favorito era el alzamiento militar, mientras que Ferrer evolucionaría hacia un antimilitarismo extremo.

Masonería y libre pensamiento

En las décadas finales del siglo XIX los ideales del liberalismo progresista eran también los de la masonería, por lo que no resulta sorprendente que Ruiz Zorrilla fuera Gran Maestro del Grande Oriente de España desde 1870 a 1874¹². Ferrer fue asimismo masón y a raíz de su trágica muerte llegó a convertirse en un héroe del panteón masónico. En el comunicado en que dio cuenta de su protesta ante el fusilamiento de Ferrer, el Gran Oriente de Francia afirmó que era «uno de los nuestros, porque sabía que en el alma masónica

revisor en la Compañía de Ferrocarriles de Madrid a Zaragoza y Alicante desde julio de 1878 hasta mayo de 1885, según un informe de la compañía de 10 de julio de 1906, reproducido en *Regicidio frustrado*, op. cit., vol. II, 1911, pp. 519-520. Su primera visita a París registrada en el consulado se produjo en mayo de 1878, según un informe de la Embajada de 18 de agosto de 1906, reproducido *ibidem*, vol. III, pp. 503-505.

¹¹ Carta de Nicolás Salmerón de 1877, citada en CANAL: op. cit." 2000, p. 289.

¹² FERRER BENIMELI, J. A.: *Masonería española contemporánea*, t. 2, *Desde 1868 hasta nuestros días*, Madrid, Siglo XXI, 1980, pp. 5-8.

se expresa el más alto ideal que el hombre puede realizar», y lo definió como uno de los «mártires del Libre Pensamiento»¹³. Consecuentemente, Ferrer se convertiría también en uno de los monstruos de la mitología antimasónica. Conviene, por tanto, precisar en qué sentido su militancia masónica ayuda a comprender sus ideas.

Todas las fuentes coinciden en que Ferrer se inició, poco antes de su exilio, en la logia *La Verdad* de Barcelona, adherida al Grande Oriente de España. El presbítero Juan Tusquets, autor en los años treinta de una obra en la que, junto a las más disparatadas elucubraciones sobre la conspiración judea-masónica, se encuentran documentos interesantes, proporciona algunos detalles significativos. La iniciación se produjo en febrero de 1883, Ferrer adoptó el nombre simbólico de *Cero* (que como veremos utilizaría también para fines profanos) y alcanzó el grado de maestro, pero solicitó la plancha de quite (es decir, pidió la baja) poco más de un año después, en diciembre de 1884. Explicó que lo hacía debido a haber trasladado su domicilio a Granollers y añadió que, aunque poco había podido asistir a los trabajos de la logia, conservaba un grato recuerdo y esperaba que sus ocupaciones profanas le permitieran cuanto antes concurrir con todas sus fuerzas a la gran obra de regeneración emprendida por la masonería¹⁴. De hecho Ferrer permaneció al margen de la masonería durante más de cinco años, hasta que el 25 de junio de 1890 se afilió a la logia *Les Vrais Experts* de París¹⁵.

La masonería es una asociación discreta, que no secreta, encaminada hacia la reflexión intelectual y moral y hacia la acción filantrópica, pero ello no excluye que en determinados momentos y lugares haya ejercido un importante papel como grupo de presión político o incluso como instrumento conspirativo. Su principal rama francesa, el Gran Oriente de Francia, modificó en 1876 su constitución, eliminando la exigencia tradicional de que todo masón debía creer en Dios, y adoptó como principios la libertad absoluta de conciencia y la solidaridad humana, lo que permitiría la convivencia en su seno

¹³ «Le GO de France aux Puissances Maçoniques et à tous les Ateliers de la Fédération» (París, 14 de octubre de 1909), en *L'Acacia, Revue mensuelle d'études maç...*, vol. II (julio-diciembre de 1909), pp. 247-248.

¹⁴ TUSQUETS, J.: *Orígenes de la revolución española*, Barcelona, Vilamala, 1932, pp. 29-30.

¹⁵ Dossier *Les Vrais Experts* en el fondo masónico de la Bibliothèque Nationale de France (sólo incluye documentación hasta 1900).

de creyentes y ateos. A partir de entonces la masonería francesa evolucionó hacia la izquierda, con una creciente presencia de republicanos radicales y más tarde de socialistas en sus filas. En el caso de España eran masones muchos liberales monárquicos, incluido Sagasta, pero la identificación de la orden con el republicanismo se acentuó a fines del siglo XIX, de manera que muchas logias masónicas de las distintas obediencias estuvieron dirigidas por quienes a su vez eran líderes de las distintas fracciones republicanas ¹⁶.

La carrera masónica de Ferrer avanzó rápidamente en París, ya que en abril de 1891 fue admitido en el capítulo *Les Amis Bienfaúants* del grado 18. Cuando en 1901 regresó a Barcelona, su logia le dio permiso de ausencia, pero le siguió considerando miembro. En 1906 el Venerable de *Les Vrais Experts* se dirigió al Consejo del Gran Oriente de Francia para solicitar «su benévola intervención ante los poderes públicos a favor de nuestro hermano Ferrer, miembro de nuestro taller del que fue segundo Vigilante, detenido como anarquista por la policía española a raíz del atentado contra el rey de España», y apoyó su solicitud con el argumento de que «el hermano Ferrer, de carácter pacífico y sumamente generoso para sus amigos, nada tiene en común con un anarquista». Ello implica que el responsable de esta logia entendía el término anarquista como sinónimo de terrorista. Como veremos, no era ésa la actitud de Ferrer, quien tras ser liberado en 1907 y retornar a París, cesó de asistir a los trabajos de *Les Vrais Experts* y de pagar sus cuotas, por lo que fue excluido de la logia en diciembre de 1908 ¹⁷.

Pocos meses después, Ferrer sería fusilado y ello dio lugar a una proliferación de actos masónicos en su honor. No es difícil entender por qué. En aquellos momentos la masonería veía en la intolerancia católica el mayor enemigo del progreso y resultaba fácil interpretar la ejecución de Ferrer como una venganza clerical contra el impulsor de una enseñanza laica, y la caída de Maura como un triunfo

¹⁶ SUÁREZ CORTINA, M.: «Anticlericalismo, religión y política durante la Restauración», en LA PARRA LÓPEZ, E., y SUÁREZ CORTINA, M. (eds.); *El anticlericalismo español contemporáneo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998, p. 185.

¹⁷ Estos datos proceden de COMBES, A.: «Relaciones masónicas franco-españolas en el siglo XX (1900-1939)»., en FERRER BENIMELI, J. A. (ed.): *La masonería en la España del siglo XX*, Toledo, Universidad de Castilla-La Mancha, 1996, pp. 563-577. Combes, destacado especialista en la historia de la masonería francesa, ha consultado en la sede de Gran Oriente de Francia los archivos de la logia y el capítulo a los que perteneció Ferrer.

de las fuerzas progresistas. Así lo hizo Miguel Morayta, Gran Maestro del Grande Oriente Español, en una circular que dirigió a todas las potencias masónicas el 23 de octubre de 1909. «Por fortuna -afirmaba-, un momento de energía de los liberales, demócratas y republicanos ha bastado para derrocar en algunas horas la dictadura clerical que deshonraba a España ante el mundo civilizado»¹⁸.

Que el gobierno de Maura representara una «dictadura clerical» resulta bastante discutible, pero que la masonería coincidía en sus principios básicos con «liberales, demócratas y republicanos» resulta indudable. La cuestión más interesante es otra. Se trata de saber si los propósitos revolucionarios del Ferrer maduro eran verdaderamente compartidos por buena parte de los masones, o si por el contrario la campaña masónica de 1909 representó la adopción de una figura relativamente alejada de los ideales de la orden, pero cuya memoria había que defender por el valor simbólico de su muerte. Esta última es la tesis que ha defendido un estudioso de la masonería, Jean Crouzet, para quien la exclusión de 1908 representa la prueba de la escasa identificación de Ferrer con la orden, por lo que la campaña de 1909 hubo de basarse «en una visión idílica de la carrera masónica del condenado»¹⁹. De hecho, los ideales respectivos de la masonería y de la revolución social estaban bastante alejados. Como ha observado un historiador catalán, «el messianisme secularitzat de la maçoneria pretenia respectar tots el drets -inclos evidentment, el de la propietat- i harmonitzar-los mitjançant el diàleg, l'exemple i la pedagogia». Esto la conducía a un reformismo social que la hacía aparecer, a los ojos de los militantes obreros, como un instrumento de la burguesía liberal²⁰.

De hecho, en la masonería francesa de la época predominaba la pequeña y media burguesía. Muchos de sus miembros eran dueños de pequeños establecimientos y también abundaban los maestros y profesores, mientras que sus dirigentes eran en su mayoría médicos, abogados, periodistas o profesores. Fue sólo en 1893 cuando se redu-

¹⁸ *Boletín Oficial del Grande Oriente Español*, 29 de octubre de 1909.

¹⁹ CRÚUZET, J.: «Francisco Ferrer y Guardia y las logias francesas», en FERRER BENIMELI, A. (ed.): *La masonería española y la crisis colonial del 98*, vol. I, Zaragoza, 1999, pp. 479-481.

²⁰ SÁNCHEZ i FERRÉ, P.: «Macóneria, anarquisme i republicanisme», en *Jornades sobre moviment obrer a l'Arús*, Barcelona, Associació d'Amics de la Biblioteca Pública Arús, 1991, p. 31.

ieron las cuotas para favorecer la iniciación de obreros, hacia los que existía un recelo tradicional porque se prefería la calidad a la cantidad. A partir de entonces la entrada de militantes obreros condujo a un creciente peso de las opiniones colectivistas, de manera que a principios del siglo xx la orden se dividía, más o menos en partes iguales, entre partidarios y enemigos de la propiedad privada. Muchos republicanos moderados u oportunistas la habían abandonado o habían sido expulsados a fines del siglo xix, un período en el que los radicales adquirieron la hegemonía. Luego, a partir del Convenio de 1911, los republicanos radicales, favorables al derecho de propiedad, quedaron en minoría frente a los socialistas ²¹.

Los anarquistas fueron siempre minoritarios en la orden. Pero Crouzet ha observado que muchos de los amigos de Ferrer en Francia eran a la vez anarquistas y masones, como era el caso de Charles Ange Laissant, Charles Malato, Paul Robin, Elisée Reclus, Sébastien Faure, Jean Marestan y Laurent Tailhade. Y el capítulo *Les Amis Bien/asants*) que incorporó a Ferrer, acogía también en 1903 a otro destacado militante libertario, Augustin Hamon ²². A estos nombres, citados por Crouzet, hay que añadir los de otros tres anarquistas vinculados a Ferrer que también pertenecían a la orden: Charles Albert, Paraf-Javal y el holandés Domela Nieuwenhuis ²³. Y entre los masones que colaboraron con Ferrer en el proyecto de la Escuela Moderna se hallaba el patriarca del anarquismo español, Anselmo Lorenzo, así como Odón de Buen, prestigioso catedrático de Mineralogía y Botánica de la Universidad de Barcelona, y Cristóbal Litrán, militante republicano radical ²⁴.

En resumen, el círculo en el que Ferrer se movió en los últimos años de su vida no era representativo de la masonería en su conjunto, sino que se situaba en la intersección entre ésta y el movimiento libertario. Y a ello hay que añadir otro dato: Ferrer, al igual que

²¹ CHEVALLIER, P.: *Histoire de la Franc-Maçonnerie française*, vol. 3, *La Maçonnerie: Église de la République (1877-1944)*, París, Fayard, 1975, pp. 10-18 Y 138-139.

²² CROUZET: *op. cit.*, 1999, p. 478.

²³ Breves reseñas acerca de la carrera masónica de Robin, Laissant, Nieuwenhuis, Faure, Paraf-Javal, Hamon, Albert y el propio Ferrer se encuentran en CAMPION, L.: *Les anarchistes dans la FM ou les maillons libertaires de la chaîne d'union*, Marsella, Culture et Liberté, 1969, pp. 95-131.

²⁴ SÁNCHEZI FERRÉ: *op. cit.*, 1991, pp. 32-34. Sobre Odón de Buen, *vid.* DELGADO: *op. cit.*, 1979, pp. 117-118.

Odón de Buen, Cristóbal Litrán y Anselmo Lorenzo, pertenecía también al movimiento librepensador.

Las primeras sociedades de libre pensamiento surgieron en Francia y Bélgica a mediados del siglo XIX y su edad de oro se situó entre 1880, año en que se constituyó la Federación Internacional del Libre Pensamiento, y los inicios del siglo XX. Su objetivo era emancipar a la sociedad de los dogmas religiosos, que habrían de dar paso a valores humanos basados en la razón. Unidos por este objetivo común, los librepensadores se alineaban políticamente en distintas tendencias de la izquierda. En Francia predominaban entre ellos los socialistas, pero no faltaban tampoco republicanos radicales y anarquistas, mientras que en Bélgica existía un ala burguesa, de orientación liberal progresista, y un ala obrera. Eran librepensadores varios de los más íntimos amigos franceses de Ferrer, como Charles Malato, y también en Bélgica su círculo de relaciones se situaba en este ámbito. El diputado socialista belga Léon Furnemont, que fue uno de los más activos promotores de las campañas a favor de Ferrer con ocasión de sus procesos de 1906 y 1909, era en esta última fecha secretario de la Federación Internacional de Libre Pensamiento²⁵.

No hay constancia de la presencia de Ferrer en el Congreso Internacional de Librepensadores celebrado en París en septiembre de 1889, que se declaró contrario a las religiones positivas y enemigo del clericalismo, según reseñó Odón de Buen en una crónica publicada en el semanario madrileño *Las Dominicales del Libre Pensamiento* ²⁶. Sabemos en cambio que asistió al congreso que se celebró en Madrid en 1892, cuyas sesiones fueron suspendidas por orden gubernativa tras una denuncia fiscal por ataques a los dogmas y doctrinas de la Iglesia. El secretario del comité organizador de este congreso fue Odón de Buen, quien se mostró satisfecho de que entre los representantes españoles hubiera desde republicanos conservadores hasta socialistas y anarquistas, posición esta última en la que se encuadraban

²⁵ Sobre el libre pensamiento francés, vid. LALOUETIE, J.: *La Libre Pensée en France, 1848-1940*, París, Albin Michel, 1997. Sobre el belga, LoUIS, J.: «Libre pensée et politique», en WAA: 1789-1989: *200 ans de libre pensée en Belgique*, Charleroi, Centre d'Action Laïque, 1989. Sobre el español, ÁLVAREZ LAZARO, P R: *Masonería y librepensamiento en la España de la Restauración*, Madrid, Universidad Pontificia Comillas, 1985. Sobre las amistades belgas de Ferrer, VERGARA, S.: *Le culte Francisco Ferrer en Belgique*, memoria de licenciatura inédita de la Universidad Libre de Bruselas, 1986, pp. 28-42.

²⁶ Reproducida en ÁLVAREZ LÁZARO: *op. cit.*, 1985, pp. 263-266.

los delegados de las organizaciones obreras de Barcelona, que se declararon a favor del ateísmo y la acracia ²⁷.

Consta también que Ferrer acudió al Congreso de Roma de 1904, en el que participaron destacadas figuras del mundo intelectual y político europeo, incluidos los anarquistas Paul Robin, Domela Nieuwenhuis y Luigi Fabbri, italiano este último y buen amigo de Ferrer, y en el que se aprobó una moción favorable a la emancipación de la clase trabajadora respecto a la opresión capitalista ²⁸. Y sabemos que asistió al congreso de Praga de 1907 como representante de los profesores laicos de Cataluña, aunque no de todos ellos, porque al parecer unos treinta enviaron al congreso un escrito de protesta, en el que repudiaban las doctrinas anarquistas ²⁹.

Muy próximas a la masonería, las sociedades de libre pensamiento se distinguían de ella por un mayor radicalismo y una composición social más proletaria. Ambas corrientes formaban parte, junto a los partidos de izquierda y a otras asociaciones como la Liga de los Derechos del Hombre, de ese «vivero común», en palabras de una destacada historiadora, del que surgió el gran movimiento democrático y anticlerical que triunfó en Francia tras el *affaire Dreyfus* ³⁰. Ese «vivero común» fue también la fuente de inspiración de Ferrer, pero hay que destacar un punto muy importante: si la izquierda francesa de aquellos años se movilizó sobre todo en defensa de la República, el objetivo de Ferrer era una revolución española que habría de conducir a un cambio mucho más radical del que había traído consigo en Francia la República.

¿Republicano, socialista o libertario?

Con motivo del congreso de Madrid de 1892, Ferrer conoció a Alejandro Lerroux, por entonces un joven periodista del diario

²⁷ Las sesiones de este Congreso fueron descritas por *El País* en sus números del 13 al 16 de octubre de 1892. Vid. también ÁLVAREZ LÁZARO: *op. cit.*, 1985, pp. 13-17 Y210-218.

²⁸ MASINI, P. C.: *Storia degli anarchici italiani nell'epoca degli attentati*, Milán, Rizzoli, 1981, pp. 217-219.

²⁹ Según un informador de la policía francesa, *Archive de la Préfecture de Police de Paris*, Ba 1075, Gilles, París, 7 de septiembre de 1907.

³⁰ REBÉRIOUX, M.: *La République radicale? 1898-1914*, París, Seuil, 1975, pp. 42-49.

madrileño *El País* ³¹. Recordaría éste en sus memorias que simpatizó mucho con aquel «progresista apasionado», el cual le puso en relación epistolar con Ruiz Zorrilla ³². Por su parte, Ferrer, al regresar a París, contó a su jefe que había conocido a un redactor de *El País* «que valía un imperio, y que llegaría a ser una de las primeras figuras del partido revolucionario» ³³. Aquel primer encuentro entre Ferrer y Lerroux fue importante, porque la cooperación entre ambos tendría consecuencias relevantes años más tarde. Posiblemente, ambos estuvieron implicados en los atentados contra Alfonso XIII de 1905 en París y 1906 en Madrid, pero de momento lo que nos interesa es la propuesta revolucionaria que Ferrer presentó a alguno de los asistentes a aquel congreso de librepensadores y que aparentemente fue bien recibida por Lerroux. El hecho de que Ferrer guardara toda su vida los comprometedores documentos que registraban aquella propuesta, que fueron encontrados en un registro tras su detención en 1909 y fueron utilizados en su contra durante el proceso en que fue condenado, muestra la importancia que les daba, aunque ante el juez afirmó que carecían ya de vigencia ³⁴. De hecho, no existe ninguna prueba de que la sociedad secreta esbozada en tales documentos llegara a tener nunca existencia real, por lo que hay que tomarlos más como expresión de una ideología que como testimonio de una actuación.

Lo que se desprende de tales documentos puede resumirse en pocas palabras. Ferrer quiso imprimir y repartir en el congreso un llamamiento a «hacer la revolución», una revolución que daría al hombre «el producto íntegro de su trabajo» y que debería ser preparada por una «comisión organizadora» con ramificaciones en todos los pueblos. No logró que se lo imprimieran, así es que habló de ello con algunos congresistas y escribió unas hojas en las que pedía el concurso de unos trescientos revolucionarios «dispuestos a jugarse la cabeza para iniciar el movimiento en Madrid». Se trataría de buscar un momento propicio, como una huelga general o la víspera de un

³¹ Declaración de Ferrer ante el juez en 1906, en *Regicidio frustrado*, *op. cit.*, vol. II, 1911, pp. 446-447.

³² LERRoux, A.: *Mis memorias*, Madrid, Afrodísio Aguado, 1963, pp. 445-446.

³³ Carta de Ferrer a Lerroux, 11 de octubre de 1899, en *Causa contra Francisco Ferrer Guardia, año 1909*, Madrid, Sucesores de J. A. García, 1911, pp. 176-179.

³⁴ Los documentos se reproducen en *Causa contra Francisco Ferrer, op. cit.*, 1911, pp. 382-396. Reconocimiento de su autoría por Ferrer, *ibidem*, p. 410.

primero de mayo, para realizar un atentado que facilitaría el triunfo. «Estamos completamente convencidos que el día que a una misma hora caigan las cabezas de la familia Real y sus Ministros, o se hundan los edificios que los cobijan será tal el pánico, que poco tendrán que luchar nuestros amigos para apoderarse de los edificios públicos y organizar las Juntas revolucionarias». Así es que todos los que quisieran formar parte de los primeros trescientos deberían, según una de las hojas, enviar «sus nombres y sus señas a Monsieur Ferrer, Poste restante, rue Lafayette, París». Otra de las hojas, algo más prudente, ocultaba el nombre del promotor y se limitaba a recomendar: «si usted quiere ser, como yo, uno de los 300 héroes, sírvase decirlo al que le dará esta hoja, o escriba su adhesión a monsieur Murklalud, 20 rue de la Banque, París, diciendo al mismo tiempo si tiene recursos para trasladarse a Madrid o a Barcelona, y si posee armas o puede procurarse algún producto explosivo». La hoja estaba firmada, sin falsa modestia, por «El primero de los 300.-Cero».

No sabemos cuántos voluntarios quisieron incorporarse a la conspiración, pero «un joven periodista de porvenir», en el que no resulta aventurado reconocer a Alejandro Lerroux³⁵, se sumó inmediatamente y escribió a su vez un llamamiento, que Ferrer se llevó a París y que mostraba confianza en que «en un pueblo tan noble como el español, y en un partido tan heroico como el revolucionario, no han de faltar 300 hombres de buena voluntad dispuestos a sacrificarse, si es preciso, y a poner en práctica todos los medios que conduzcan a la victoria; que en las luchas de principios, el triunfo lo justifica todo». Si Ferrer concluía su llamamiento con un «¡Viva la revolución! ¡Viva la dinamita!», Lerroux optaba por «¡Viva la República! ¡Viva la revolución! ¡Vivan los valientes!».

Todo esto tiene un indudable tono de revolución de opereta, pero parece que el propósito era serio y vale la pena analizarlo. Nos encontramos ante un proyecto revolucionario basado en dos elementos. Por un lado, un núcleo de conspiradores que ha de preparar la revolución salvadora, una concepción cuyo origen ha de buscarse en la Conspiración de los Iguales de Gracchus Babeuf, desarticulada en 1796, y que tuvo a lo largo del siglo XIX ardientes

³⁵ Así lo hace el más destacado estudioso del caudillo radical: ÁLVAREZ JUNCO, J.: *El emperador del paralelo: Lerroux y la demagogia populista*, Madrid, Alianza, 1990, pp. 104-106.

seguidores como Filippo Buonarrotti, Auguste Blanqui y Mijail Bakunin³⁶. Por otro, el recurso al terrorismo, en la forma de un magnicidio que generaría el pánico entre las autoridades y haría posible el triunfo revolucionario. Este segundo elemento chocaba con principios arraigados' por lo que Lerroux se veía en la necesidad de justificar la bajeza del medio por la nobleza del fin, pero flotaba en el ambiente de aquellos años. Por entonces estaba a punto de iniciarse la era de los magnicidios anarquistas y se tenía el precedente de los atentados frustrados contra el káiser Guillermo I en 1878 y sobre todo de la gran campaña terrorista de la organización rusa Narodnaya Volia, que culminó con el asesinato del zar Alejandro II en 1881³⁷. Respecto a España hay que recordar el nunca del todo esclarecido asesinato del general Prim en 1870, que contribuyó al fracaso de la monarquía de Amadeo, y los dos atentados frustrados contra Alfonso XII de 1878 y 1879, cuyos autores no admitieron tener cómplices, pero que según informes de la embajada española en París pudieron estar en conexión con una conspiración republicana³⁸.

Ferrer y Lerroux parecían coincidir en 1892 en la conveniencia de recurrir al magnicidio para desencadenar una revolución de orientación colectivista («el producto íntegro de su trabajo»), pero en definitiva republicana («¡Viva la República!»). No hay nada en los documentos de la propuesta conspiración que tenga un contenido específicamente anarquista. Pero en los primeros meses de 1894, la policía parisina recibió algunos anónimos en los que Ferrer era denunciado como anarquista³⁹. La acusación no resultaba banal en aquel momento, ya que una oleada de atentados anarquistas sacudió Francia exactamente entre marzo de 1892 y agosto de 1894⁴⁰, mientras que en España la era de los atentados se había iniciado en

³⁶ JOLL, J.: *Los anarquistas*, Barcelona, Grijalbo, 1968, pp. 39-43.

³⁷ VON BORCKE, A.: «Violence and terror in Russian revolutionary populism: the Narodnaya Volia, 1879-83», 1982, y CARLSON, A. R.: «Anarchism and individual terror in the German Empire, 1870-1890», 1982, ambos en MOMMSEN, W. F., y HIRSCHFELD, G. (eds.): *Social protest, violence and terror in nineteenth and twentieth century Europe*, Londres, MacMillan, pp. 48-62 Y175-200.

³⁸ Informes citados en REYES GONZÁLEZ, N.: *Nicolás Estévez Murphy*, 1838-1914, Microforma, Universidad Autónoma de Madrid, 1989, pp. 700-705.

³⁹ *Archive de la Préfecture de Police de Paris*, Ba 1075, denuncias anónimas de 28 de marzo de 1894, 9 de julio de 1894 y 16 de julio de 1894.

⁴⁰ MATRION, J.: *Le mouvement anarchiste en France*, vol. 1, París, Maspero, 1975, pp. 206-250.

el otoño de 1893⁴¹. La investigación que llevó a cabo la policía francesa no descubrió, sin embargo, ningún indicio desfavorable a Ferrer. Según su informe, se trataba de un republicano avanzado y librepensador, que había tenido que dejar su país por sus opiniones, que recibía abundante prensa y correspondencia desde España y se reunía con muchos españoles, pero no realizaba actividad política alguna en Francia. Eso sí, su mujer, a la que había abandonado un par de meses antes, había dicho varias veces desde entonces que le haría arrestar por anarquista⁴². Todo hace, pues, suponer que las citadas denuncias tenían su origen en las desavenencias conyugales de Ferrer, que culminaron unas semanas después del primer anónimo, cuando su mujer le disparó en la calle, sin producirle heridas de consideración.

Ferrer expuso su opinión sobre los atentados anarquistas en un artículo publicado en el diario madrileño *El País* que ciertamente no expresaba una identificación con los mismos⁴³. Su tesis era que el origen de los atentados se hallaba en las injusticias sociales que sufrían los trabajadores y en la falta de cauces para que expresaran sus demandas, y que por lo tanto para que desaparecieran sería necesario eliminar los privilegios injustos que irritaban a las masas, dar libertad para la propaganda pacífica de todas las ideas, por utópicas que parecieran, y en cambio reprimir severamente la «propaganda por el hecho», incluso mediante un tribunal especial capaz de juzgar y condenar a los autores de los atentados en veinticuatro horas. Es decir, que si bien tendía a ver un fondo de justicia en las reivindicaciones anarquistas, no las compartía y en todo caso condenaba los atentados indiscriminados como el cometido en el Teatro del Liceo de Barcelona.

A partir de entonces, la policía francesa no perdería de vista a Ferrer. Un nuevo informe de 1897 lo describía como un profesor de ideas socialistas internacionalistas, pero no anarquistas, bien relacionado con los ambientes socialistas de Francia y España y asiduo frecuentador de la sede parisina del Gran Oriente⁴⁴. Efectivamente,

⁴¹ NÚÑEZ FLORENCIO, R: *El terrorismo anarquista* (1888-1909), Madrid, Siglo XXI, 1983, pp. 51-57.

⁴² *Archive de la Préfecture de Poliee de Paris*, Ba 1075, informe de 24 de abril de 1894.

⁴³ FERRER, F.: «Desde París: cómo la República española terminará con la anarquía», *El País*, 8 de abril de 1894.

⁴⁴ *Archive de la Préfecture de Police de Paris*, Ba 1075, informe de 16 de enero de 1897.

Ferrer parecía por entonces integrado en el movimiento socialista, hasta el punto de que en agosto de 1896 había asistido al Congreso de la Internacional Socialista, celebrado en Londres, como representante de la sección del IX distrito de París del Partido Obrero Francés⁴⁵. Allí presentó una propuesta, que fue aprobada por el Congreso, de apoyo a los insurgentes de Cuba⁴⁶.

Su admiración por el entendimiento entre republicanos radicales y socialistas que se había producido en Francia se expresó en algunos artículos que publicó en *El País* ese mismo año⁴⁷. Pero no parece que la etapa socialista de Ferrer fuera de larga duración, ya que no se encuentran otros testimonios de la misma. En Londres, la mayoría marxista había decidido que los anarquistas no serían en adelante invitados a los congresos de la Internacional, y en la propia Francia Jules Guesde y su Partido Obrero Francés se les habían enfrentado en el congreso sindical de Nantes de 1894, pero quedaron en minoría y lo abandonaron, dejando a sus rivales la dirección del movimiento sindical. Mientras que Guesde reafirmaba la validez de la vía electoral y declaraba en 1895 que la revolución se haría en el marco de la legalidad burguesa y por medio del sufragio universal, los anarquistas descubrían las posibilidades del sindicalismo, encabezaban la naciente Confederación General del Trabajo, que celebró su primer congreso en 1895, y ponían sus esperanzas en la huelga general revolucionaria⁴⁸. Entre esas dos vías Ferrer no tardaría en optar, como veremos, por la del sindicalismo revolucionario.

No se interrumpió, en cambio, su vinculación con el republicanismo y sobre todo con Lerroux. En una carta que le dirigió en octubre de 1899, le sugirió que entre los republicanos españoles había bastantes elementos para hacer la revolución, siempre y cuando

⁴⁵ *Archive de la Préfecture de Poliee de Paris*, Ba 1075, lista de miembros de la delegación francesa al Congreso de la Internacional, agosto de 1896. Sobre el Partido Obrero Francés, cuyo principal dirigente era Jules Guesde, *vid.* REBÉRIOUX, M.: «El socialismo francés de 1871 a 1914», en DRoz, J. (ed.): *Historia general del socialismo*, t. 2, De 1875 a 1918, Barcelona, Destino, 1979.

⁴⁶ *Archive de la Préfecture de Police de Paris*, Ba 1075, Budin, París, 7 de agosto de 1896. *Vid.* también SERRANO, Carlos (1987): *Le tour du peuple: crise nationale, mouvements populaires et populisme en Espagne (1890-1910)*, Madrid, Casa de Velázquez, p. 75.

⁴⁷ FERRER, F.: «Contrastes», *El País*, 28 de febrero de 1896, y «Los enemigos del pueblo: en Francia como en España», *El País*, 5 de mayo de 1896.

⁴⁸ MAITRION: *op. cit.*, 1975, pp. 286-309.

les dirigiera un hombre nuevo, que habría de ser el propio Lerroux⁴⁹. Pero éste le contestó declarándose incapacitado, por falta de recursos económicos, para acaudillar el movimiento revolucionario, que consideraba debería basarse en una renovación del ideario republicano, orientado hacia la igualdad económica. La República a la que por entonces aspiraba Lerroux habría de luchar «hasta conseguir que los hombres no necesiten ni leyes, ni gobiernos, ni Dios, ni amo»⁵⁰. Una fórmula que situaba el ideal anarquista como objetivo final del republicanismo. Probablemente eso era también lo que pensaba Ferrer en aquellos años del cambio de siglo, en los que la línea divisoria entre republicanismo y anarquismo no era en España en absoluto nítida. Como ha escrito Ángel Duarte, para comprender las protestas populares de aquellos años resulta necesario tener presente 'la imbricación, en el terreno organizativo y en el de las mentalidades' del obrerismo y el republicanismo⁵¹.

Pedagogía y revolución

Desde septiembre de 1901 hasta su detención en junio de 1906, Francisco Ferrer dirigió en Barcelona un centro de enseñanza, la Escuela Moderna, que pudo fundar gracias a la herencia que le legó una dama francesa. Este aspecto de su biografía contribuiría decisivamente a convertirle en un mártir de la libertad, porque una iniciativa pedagógica de cierta calidad y plenamente laica resultaba sin duda notable en el limitado panorama de la enseñanza española de principios del siglo xx y su cierre, tras el procesamiento de su director, podía ser presentado como una venganza del intransigente catolicismo español, que habría de culminar en 1909.

Esto no significa que Ferrer fuera un pedagogo con ideas nuevas. Su ideal era la revolución y sus iniciativas escolares estuvieron también subordinadas a ese fin, por lo que le importaban más los contenidos

⁴⁹ Borrador de una carta de Ferrer a Lerroux, en *Causa contra Francisco Ferrer*, op. cit., 1911, pp. 176-179. Su fecha, 11 de octubre de 1899, se deduce de la respuesta de Lerroux.

⁵⁰ Lerroux a Ferrer, 1 de diciembre de 1899, en *Causa contra Francisco Ferrer*, op. cit., 1911, pp. 398-400.

⁵¹ DUARTE, Á.: «Entre el mito y la realidad, Barcelona 1902», en BONAMUSA, F. (ed.): *La huelga general, Ayer*, núm. 4, 1991, p. 157.

ideológicos que los métodos educativos. El propio Ferrer se lo explicó claramente por carta a una de sus colaboradoras, la francesa Léopoldine Bonnard, cuando ésta se encontraba con Domela Nieuwenhuis en Holanda, en una gira de propaganda de los métodos de la Escuela Moderna. «Nosotros -**le** escribió- no podemos ocuparnos más que de hacer reflexiones a los niños sobre las injusticias sociales, sobre las mentiras religiosas, gubernamentales, patrióticas, de justicia, de política, de militarismo, etc., para preparar cerebros aptos a ejecutar una revolución social. No nos interesa hacer hoy buenos obreros, buenos empleados, buenos comerciantes; queremos destruir la sociedad actual desde sus fundamentos. Por consiguiente, nuestra enseñanza se difiere radicalmente de la otra, ya que las ideas inculcadas son marcadamente revolucionarias; no importa que las horas de clase o las materias enseñadas o los reglamentos interiores se parezcan a los otros»⁵².

Algunos pensamientos leídos por los alumnos en la fiesta escolar del fin de curso de 1905 pueden servir de muestra de las enseñanzas que Ferrer consideraba convenientes para preparar cerebros revolucionarios. Sobre el gobierno: «El gobierno todo lo entorpece en el mundo». Sobre la propiedad: «La propiedad ha de ser común». Sobre el ejército: «La guerra ha de desaparecer, y para que no haya guerra no había de haber gobierno, y no habiéndolo tampoco habría ejército, y sin ejércitos no hay guerra». Y sobre la enseñanza: «La enseñanza es muy buena o muy mala, según las cosas que se enseñen: es buena cuando se enseñan cosas racionales, como la ciencia; es mala cuando se enseñan cosas metafísicas, como la religión»⁵³. Como era de suponer, algunas personas, incluidos algunos de los interlocutores holandeses de Léopoldine, estimaban que todo esto más que una enseñanza antidogmática suponía otro tipo de dogmatismo, pero no era ésta una crítica que hiciera mella en Ferrer. «Si quieren llamar dogma a la demostración que hacemos de que las religiones son malas porque hacen creer a los individuos que hay otra vida, y que la política es mala porque según el sistema representativo o

⁵² Ferrer a L. Bonnard, 13 de mayo de 1905, en *Regicidio frustrado*, op. cit., vol. 2, 1911, pp. 339-340. Ferrer admitió ante el juez su autoría de estas cartas, *ibidem*, pp. 444-446.

⁵³ *Boletín de la Escuela Moderna*, año V, núm. 1, 30 de septiembre de 1906, p.2.

parlamentario los individuos delegan en otros el cuidado de mejorar su situación, que lo llamen dogma...»⁵⁴.

Interesa destacar que estos planteamientos, abiertamente contrarios a la democracia representativa, entran de lleno en el ámbito del pensamiento libertario. De hecho, Ferrer confesó a Léopoldine que si habían llamado a su escuela moderna, en vez de libertaria, había sido para que sus alumnos no tuvieran luego dificultades en encontrar empleo, para no asustar a las gentes y para no dar al gobierno pretexto para cerrarla⁵⁵. La relación de libros publicados por la editorial de la Escuela Moderna, buena parte de ellos destinados a un público adulto, muestra también un propósito de difundir las ideas libertarias, a través de autores como Jean Grave, Michel Petit, Federico Urales, Paraf-Javal, Anselmo Lorenzo, Charles Malato, Georges Yvetot, Errico Malatesta y Piotr Kropotkin⁵⁶.

Huelga general y grupos de acción

El citado Georges Yvetot, destacado antimilitarista, era también uno de los principales propagandistas del sindicalismo revolucionario y la obra que le publicó la Escuela Moderna se titulaba *ABe sindicalista*. Ferrer contribuyó también a la difusión en España de las ideas del sindicalismo revolucionario francés mediante la publicación de otros títulos en la editorial de *La Huelga General*, por lo que Pere Gabriel ha podido afirmar que las pocas traducciones que por entonces dieron a conocer esta nueva corriente revolucionaria fueron impulsadas «casi exclusivamente por el grupo de Ferrer Guardia»⁵⁷. Por otra parte, la idea de huelga general resultaba un tanto ambigua, podía concebirse como un medio de conseguir un objetivo más o menos concreto o como el desencadenante de la revolución definitiva, limitarse a un paro laboral o asumir formas insurreccionales. La interpretación que defendió Ferrer fue la segunda.

⁵⁴ Ferrer a L. Bonnard, 25 de mayo de 1905, en *Regicidio frustrado*, op. cit., vol. 2, 1911, pp. 340-342.

⁵⁵ *Ibidem*.

⁵⁶ Catálogo general de las publicaciones de la Escuela Moderna, en *Perra: páginas para la historia*, Barcelona, Escuela Moderna, 1912, pp. 43-45.

⁵⁷ GABRIEL, P.: «Sindicalismo y huelga: sindicalismo revolucionario francés e italiano, su introducción en España», en BONALVUSA, F. (ed.): *La huelga general*, Ayer, núm. 4, 1991, p. 35.

La Huelga General fue una publicación que apareció en Barcelona en noviembre de 1901 y a la que Ferrer no se limitó a dar un apoyo financiero. En 1910 Anselmo Lorenzo reveló que los artículos que en sus páginas firmaba *Cero* eran obra de Ferrer y los reimprimió en un folleto ⁵⁸. En ellos *Cero* defendía el ideal anarquista ⁵⁹; explicaba que la huelga general conduciría a una edad de oro, tras haber acabado con el capitalismo, el Estado y la Iglesia ⁶⁰; sostenía que debía comenzar a nivel regional, para luego extenderse ⁶¹; advertía que sería sangrienta, no porque lo desearan sus promotores, sino por la resistencia de la burguesía ⁶²; rechazaba cualquier negociación con las autoridades ⁶³, y desaconsejaba la realización de manifestaciones pacíficas ⁶⁴.

En un significativo artículo, publicado en vísperas de la huelga general que efectivamente paralizó Barcelona en febrero de 1902, *Cero* explicitó además su ruptura con el republicanismo. Si los republicanos se hubieran unido al pueblo para hacer la verdadera revolución, explicaba, la monarquía se hubiera hundido, pero ya era demasiado tarde, porque la propaganda libertaria había penetrado demasiado en las masas para que éstas siguieran a los «políticos de oficio», que ni tenían medios para hacer la revolución ni se atrevían a prometer más que lo que ya habían concedido las repúblicas de otros países. «No nos basta ya la República -concluía- o Preparemos la Huelga General» ⁶⁵.

La huelga barcelonesa de febrero de 1902, impulsada inicialmente por los obreros especializados de los talleres metalúrgicos, que reclamaban la reducción de la jornada a nueve horas para facilitar la ocupación de los desempleados, fue seguida por cerca de cien mil trabajadores, que paralizaron mediante piquetes la industria, el comercio y el transporte urbano, asaltaron algunos felatos y panaderías y se enfrentaron en sangrientos incidentes a las fuerzas de seguridad ⁶⁶.

⁵⁸ Ferrer y la huelga general: recopilación de los artículos de Francisco Ferrer («Cero») publicados en «La Huelga General», prólogo de Anselmo Lorenzo, Barcelona, Biblioteca Liberación, 1910.

⁵⁹ *La Huelga General*, 15 de noviembre de 1901.

⁶⁰ *La Huelga General*, 5 de diciembre de 1901.

⁶¹ *La Huelga General*, 25 de diciembre de 1901.

⁶² *La Huelga General*, 5 de enero de 1902.

⁶³ *La Huelga General*, 15 de enero de 1902.

⁶⁴ *La Huelga General*, 5 de febrero de 1902.

⁶⁵ *La Huelga General*, 15 de febrero de 1902.

⁶⁶ DUARTE: *op. cit.*, 1991, pp. 161-168.

La dura represión que le siguió, acompañada de la declaración de estado de guerra, condujo a que *La Huelga General* dejara de publicarse durante un año. En los pocos números que luego se publicaron en 1903, *Cero* insistió en dos temas: que una huelga general no debía ser pacífica, sino que debía ser revolucionaria⁶⁷. Y que era necesario estudiar cómo habría de ser la sociedad que surgiría tras su triunfo⁶⁸.

Tales temas fueron retomados en un número clandestino de la misma publicación, que apareció en octubre de 1904, encabezado en París, aunque según la policía francesa había sido probablemente impreso en Barcelona⁶⁹. «Después de una interrupción causada por las circunstancias -explicaban sus desconocidos redactores- emprendemos nuevamente la publicación de *La Huelga General*) dándole un carácter exclusivamente revolucionario de acción». La continuidad respecto a la anterior publicación parece, pues, clara, pero en este número clandestino no aparecían firmas, por lo que no se puede sostener con seguridad la participación de Ferrer, que según un informe policial francés de 1909 habría financiado su publicación⁷⁰. En todo caso, sus planteamientos enlazaban con los de los últimos artículos de *Cero*. Propugnaba una revolución en la que los obreros se apoderarían de todos los medios de producción y de transporte y destruirían los órganos vitales de la sociedad burguesa: los bancos, las iglesias, los cuarteles, las prisiones, los tribunales, las casas de los jueces y notarios, todas las sedes de la autoridad y sus archivos. Para ello era necesario que los obreros se unieran en sociedades o sindicatos, que a su vez se integrarían en grandes agrupaciones, en el seno de las cuales entrarían en contacto los hombres de acción. Estos últimos formarían grupos clandestinos, que estudiarían un plan para cada localidad, se aprovisionarían de armas y estarían dispuestos a actuar en cuanto surgiera una gran agitación económica, arrastrando a otros individuos y grupos para transformar la agitación económica en revolución, a diferencia de lo que había ocurrido en 1902. No había que esperar la iniciativa de las masas, sino empujarlas a actuar, como hiciera Hernán Cortés al quemar sus naves.

⁶⁷ *La Huelga General*, 25 de enero de 1903.

⁶⁸ *La Huelga General*, 3 de marzo de 1903 y 5 de abril de 1903.

⁶⁹ *Archive de la Préfecture de Police de Paris*, Ba 1511, informe de 13 de octubre de 1904. En el mismo legajo se encuentra un ejemplar de la publicación.

⁷⁰ *Archives Nationales*, F7 13065, informe de 15 de octubre de 1909.

Este planteamiento revolucionario se basaba en dos elementos: por un lado, los sindicatos obreros y, por otro, los grupos de acción, a los que correspondería el papel de impulsores. Este segundo elemento era característico de ciertos medios anarquistas, pero más allá, se remontaba a toda la tradición conspirativa en la línea Babeuf-Buonarrotti-Blanqui-Bakunin que antes hemos evocado. En ese sentido, su similitud respecto a la propuesta de Ferrer de 1892 es evidente, tanto más en cuanto que de nuevo aparecía la idea del magnicidio. Este número clandestino de *La Huelga General* incluía una lista, encabezada por Alfonso XIII, de «criminales» que debían ser suprimidos «por causa de utilidad pública» y pedía que se les enviaran otras listas de gobernantes, explotadores y agentes de la autoridad cuya supresión se considerase necesaria. Ofrecía a cualquiera que ejecutara una de esas acciones justicieras un subsidio mensual de 100 francos, en caso de que lo necesitara, añadiendo que su interés se centraba en España pero que la oferta valía también para quien estuviese dispuesto a acabar con el zar, el emperador de Alemania o el sultán.

El plano teórico tampoco se olvidaba, pues se convocaba un certamen, con un premio de 500 francos, para el mejor trabajo sobre cómo se había de llevar a cabo la huelga revolucionaria. Y este énfasis en las ayudas económicas, bastante inusual en un medio en que el dinero era un bien altamente escaso, apunta también hacia la participación de Ferrer, que desde que contó con la fortuna que le legó su amiga francesa estuvo dispuesto a ponerla al servicio de la revolución.

Todo parece, pues, indicar que Ferrer contribuyó a la redacción de este muy subversivo número de *La Huelga General*) y que la confianza en la acción terrorista como desencadenante de una revolución le acompañó a lo largo de toda su marcha desde el republicanismo hasta el anarquismo. Si luego esto se tradujo en una implicación directa en los frustrados atentados contra Alfonso XIII de 1905 y 1906, como han sostenido Joaquín Romero Maura y Eduardo González Calleja⁷¹, es algo que merece una investigación más profunda. Pero de lo que no hay duda es del mesianismo revolucionario que inspiró toda la actividad pública de Ferrer. Las ideologías concretas, a las que en un momento u otro se adhirió, tuvieron para él menos importancia que el supremo ideal de la revolución, lo cual le permitió servir de puente entre republicanos y anarquistas.

⁷¹ Véase nota 3.

Lo mejor que se puede decir de Ferrer es que fue un idealista, que puso su fortuna y su vida al servicio de una causa y que murió por ella. Lo peor es que fue un fanático, dispuesto a usar la violencia para imponer sus ideas. En ambos aspectos fue un exponente significativo de esa fe revolucionaria que tan importante papel jugó en la historia de Europa durante los dos siglos que transcurrieron entre la toma de la Bastilla y la caída del muro de Berlín. La fe en una revolución que traería la felicidad a los hombres y mujeres en este mundo. En definitiva, una versión secularizada de la soteriología cristiana.